

La poesía de Rabindranath Tagore

El Bengalí Universal

En la orilla del sagrado río que humedeció por tantos años su canto y su predicación, ha muerto Rabindranath Tagore, uno de los mayores líricos del mundo. Debió quedar tendido y silencioso bajo su barba fluvial, bajo las alas de la poesía, bajo la mirada de sus dioses y sus héroes, bajo el cielo luminoso de Bengala.

Pocos nombres ilustres de la literatura contemporánea se han visto tan intensamente rodeados de la adhesión mundial como el de Tagore. En él sonaba el acento milenar del Oriente enriquecido de inflexiones y matices occidentales. Esta confluencia de espíritus hizo del admirable hindú un poeta universal en el más exigente sentido de esta expresión que se prodiga con tanta frecuencia como irresponsabilidad.

Tagore es el lírico absoluto que hace de su corazón medida del mundo y puente sobre la eternidad. Un halo de simbolismo y de misterio circunda sus poemas. En ellos las palabras se enlazan melodiosamente como las flores de una guirnalda. Y adquieren su máxima intensidad lírica. Su poesía fluye con la naturalidad de un arroyo y, como él, anda regando cielos por los campos del sentimiento. En ella el pensamiento y la imagen se funden entrañablemente: son la misma cosa. Como lo son el alma y la sonrisa. Releyéndole hemos vuelto a pensar que el poeta es un aprendiz de mago. Y que la poesía, la verdadera poesía, es un misterio a plena luz.

Su obra continúa la gran tradición filosófica, poética y mística de la India, patria de la humanidad actual. Desciende, esencialmente, de los Upanisadas, suma de la sabiduría hindú. Casi podríamos decir que ella se alza libre y to-

tal, sobre este pensamiento del libro sublime: "Todas las cosas tienen su origen en el amor. El amor es el objeto de todas las cosas. Todas las cosas se apoyan en el amor". Amor de la vida que "es como una semilla germinada con un brazo que se eleva en el aire y el otro hundido en el suelo". De la vida, que es bella aun a través de las lágrimas. Amor del mundo, que es como el negativo de la divinidad, como la letra de la música divina. Amor del mundo que tiene el color y la edad de una mirada de mujer. Amor de las muchachas de Bengala, morenas y lánguidas, que discurren —de agua, de arena, de luna— en una atmósfera dorada, a la orilla de los grandes ríos, bajo el vuelo maravilloso de los pájaros multicolores, a la sombra de los anchos árboles perezosos. Amor de las lentas doncellas bengalíes hacia quienes las flores levantan sus brazos de fragancia y en cuya ventana golpea el verano con sus manos azules llenas de jazmines.

En su célebre escuela de Bolpur, La Voz de las Selvas, Tagore enseñaba a los jóvenes hindúes, con la fuerza silenciosa e irradiante de su ejemplo, a ser como él puros, amables y bondadosos. Por la vía de la intuición, de la poesía, del fervoroso contacto con la naturaleza, de la meditación, de la soledad, les llevaba al descubrimiento y conocimiento del alma. Esta amabilísima pedagogía resulta bastante incomprendible para el hombre occidental que se produce externamente, que anda vertido sobre el mundo, que carece de capacidad para la soledad, que no cree como el hindú en la simple eficacia del "sér".

Tagore ha sido esencialmente un lírico puro, un limpísimo poeta desasido de toda escoria retórica, de todo ornamento superfluo. En estas condiciones de limpieza y pureza que se respiran, digamos, en su poesía, reside la dificultad para acercarse a ella con ojos de crítico. Esta poesía, como toda la que lo es esencialmente, carece de asideros formales y racionales para la glosa de tipo literario, para el despliegue de conceptos críticos. En ella debe entrarse con el alma y con los sentidos abiertos y asombrados como se entra en un perfume o en un amor. Cada un día estamos más seguros de que la poesía es menos materia de conocimiento que objeto de amor.

Una gran ternura universal, que se extiende desde la brizna de hierba hasta los mundos estelares, vivifica y fertiliza la obra de Tagore. Nada le es indiferente a este inmenso amador del mundo. Se evapora, sobre su obra, una tierna alegría, una jubilosa luminosidad, "un dón de simpatía universal" que nos reconcilia con el tiempo vano y con los cielos hostiles. Pero, sobre todas las cosas, suena con apasionada insistencia a lo largo de su poesía, que toda su obra es poesía, la prédica del amor más alto que la sabiduría: del humano y celeste amor que llena de alas cuanto toca y diviniza este barro trémulo y perecedero.

Casi toda la obra de Rabindranath Tagore ha sido admirablemente vertida al castellano por Zenobia Camprubi de Jiménez. Más aún que una simple versión, ella ha realizado una perfecta recreación de la poesía tagoriana.

EDUARDO CARRANZA

